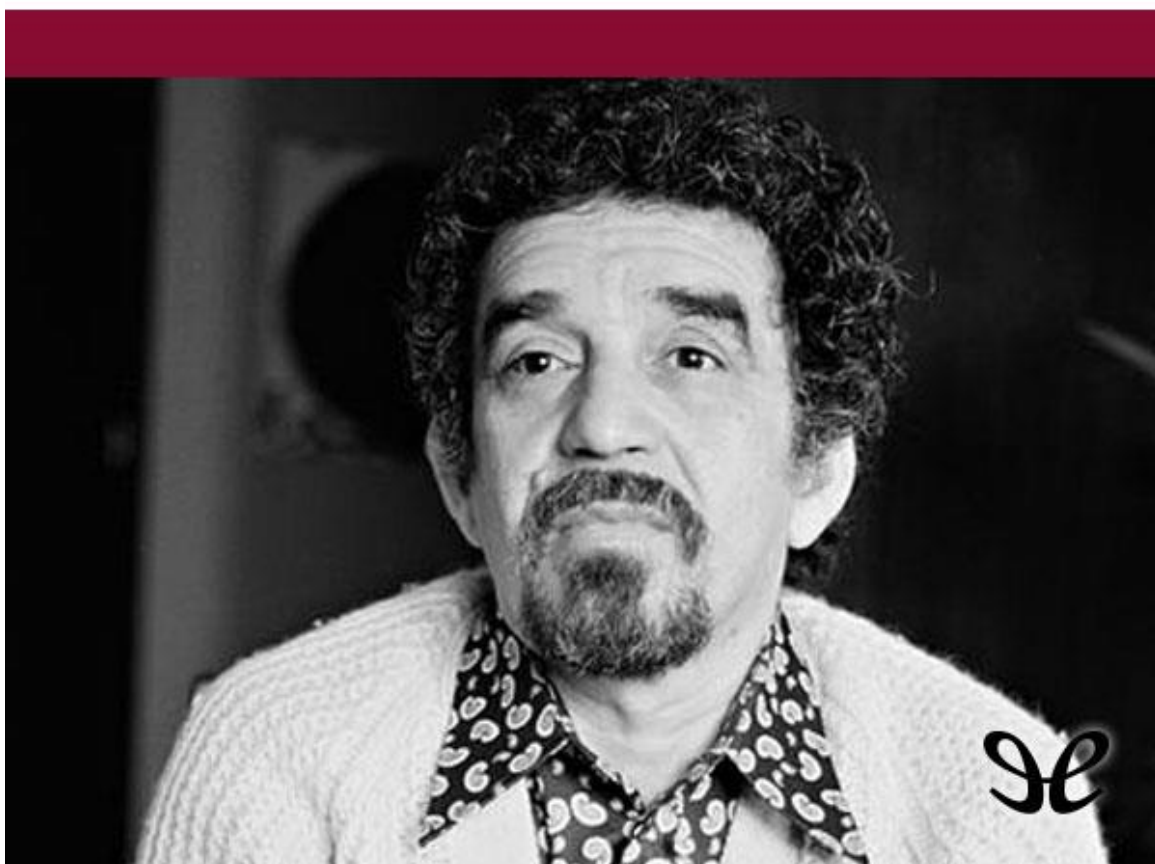


GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

OBRA PERIODÍSTICA IV

Por la libre
(1974-1995)



Gabriel García Márquez

**Por la libre
(1974-1995)**

Obra periodística de G. G. M. - 4

Gabriel García Márquez, 1984

«MONTONEROS: GUERREROS Y POLÍTICOS»

(Entrevista con Mario Eduardo Firmennich)^[8]

Lo primero que impresiona en él es su corpulencia de cemento armado. Lo segundo es su juventud increíble: veintiocho años. Tiene unos ojos intensos, una risa fácil de dientes duros y separados, unas patillas de pelos ásperos, rojos y frondosos y unos bigotes iguales que bien podrían ser postizos. Tanto por su físico como por su modo de ser se comprende que sea tan difícil encontrarlo. Parece un gato enorme.

—Hola —me dice, dándome la mano—. Soy Mario Firmennich.

Es decir: el secretario general del movimiento de los Montoneros, el hombre más buscado por las fuerzas represivas de la Argentina, y uno de los más buscados del mundo por los periodistas. Sin embargo, su conducta es tan natural que también podría ser postiza. De modo que empiezo la conversación tratando de ponerlo a la defensiva.

«La Junta Militar presidida por el general Jorge Videla acaba de cumplir un año en el poder —le digo—. Mi impresión personal es que en ese tiempo le ha bastado para exterminar la resistencia armada. Ustedes, los Montoneros, no tienen nada que hacer en el terreno militar. Están perdidos».

Mario Firmennich no se inmuta. Su respuesta es inmediata: «Desde octubre de 1975, bajo el gobierno de Isabel Perón, nosotros sabíamos que se gestaba un golpe militar para marzo del año siguiente. No tratamos de impedirlo porque al fin y al cabo formaba parte de la lucha interna del movimiento peronista. Pero hicimos nuestros cálculos de guerra y nos preparamos para sufrir mil quinientas bajas en el primer año. Si no eran mayores, estaríamos seguros de haber ganado. Pues bien: no han sido mayores. En cambio, la dictadura está agotada, sin salida, y nosotros tenemos un gran prestigio entre las masas y somos una opción segura para el futuro inmediato».

«La diferencia —le hago notar— es que entre las mil quinientas bajas de

ustedes estaban sus mejores cuadros, y en cambio los militares no han perdido sino oficiales de segunda». Pero Mario Firmennich no está de acuerdo. Acepta que los Montoneros han perdido hombres muy valiosos, pero señala que también el enemigo ha perdido fichas esenciales. «Inclusive Videla —concluye— se ha escapado por un pelo más de dos veces».

A pesar de la seguridad de su réplica, de su precisión y su fluidez asombrosa, hay algo en él que no me resulta convincente. Da la impresión de un optimismo calculado. Se lo digo: «Soy optimista y me gusta la gente optimista, pero desconfío de la gente demasiado optimista». Mi argumento es que también los militares debieron hacer sus cálculos de desgaste. «Es probable que también ellos piensen que están ganando», le digo.

Firmennich me rebate de inmediato. «Los militares —dice— debieron calcular que de marzo a diciembre de 1976 podían aniquilar toda fuerza organizada contra ellos, para dedicarse en 1977 a perseguir los últimos rastros dispersos. Sin embargo, esos cálculos serían más políticos que reales y tal vez ni los propios militares se los creyeron. Y peor aún si se los creyeron, pues eso indica que no conocen la dialéctica de treinta años del movimiento peronista».

La ejecución de Aramburu

Aunque Mario Firmennich demuestra una gran lucidez política, no puedo eludir la impresión de estar hablando fundamentalmente con un guerrero. En realidad, él ha tenido muy poco tiempo de hacer algo más que la guerra desde que nació en Buenos Aires en 1948. Es hijo de un agrimensor que ya de adulto se hizo ingeniero: un producto típico de la clase media asalariada de la Argentina. En 1955, cuando cayó Perón, Mario Firmennich tenía apenas siete años, pero no olvida la impresión que le produjo el ver pasar un camión con obreros armados sólo con palos para defenderse del golpe militar. Hasta entonces había habido en la Argentina catorce presidentes en veintidós años, y ninguno terminó el período constitucional.

El general Pedro Eugenio Aramburu, que fue quien tumbó a Perón, estuvo tres años en el poder. Se retiró a vivir en un apartamento del octavo piso del

número 1053 de la calle Montevideo, en Buenos Aires, y marginado al parecer de toda actividad política. «Aunque en realidad estaba conspirando», dice Firmennich. El 29 de mayo de 1970, dos hombres jóvenes con uniformes militares lo sacaron de su casa a las nueve de la mañana con el pretexto de darle protección. Aramburu fue conducido a una antigua hacienda cerca de Buenos Aires, y allí fue sometido a un juicio revolucionario, condenado y ejecutado. Alguien les había dicho a los ejecutores que si enterraban el cuerpo con cincuenta kilos de cal viva no quedaría ningún rastro. Fue al contrario: se conservó intacto y en poco tiempo salió a la superficie y fue descubierto. El movimiento peronista que se atribuyó la ejecución era casi desconocido en aquel tiempo: Montoneros.

Mario Firmennich, que entonces tenía veintiún años, estaba en el comando que cumplió la operación, pero no subió a la casa de Aramburu. Se quedó en la acera de enfrente vestido de cabo de policía, para cuidar que nadie moviera la camioneta donde pensaban trasladar a Aramburu, y que estaba mal estacionada. Antes había participado ya en quince operaciones, pero nadie conocía su nombre. El movimiento estaba formado entonces por sólo diez personas, y Mario Firmennich era el tercero en el orden jerárquico.

De modo que su formación y su experiencia son fundamentalmente las de un guerrero, pero reacciona con viveza cuando le digo que — a mi modo de ver — los Montoneros carecen de opciones políticas. «No tienen más frente que el militar —le digo—. Ésta es su última y muy precaria alternativa». Además, esta vez no se lo digo para provocarlo, sino con una convicción plena. «Es un error — replica Firmennich de inmediato—. Uno de los rasgos particulares de nuestra guerra revolucionaria es que el foco guerrillero no genera el movimiento de masas, sino que éste lo precede en un cuarto de siglo. El movimiento de masas empezó en 1945 y el movimiento armado no comenzó hasta 1970». Su idea, en síntesis, es que el movimiento de masas del peronismo avanza con la dinámica de su propia conciencia, y a veces se adelanta a su propia vanguardia e inclusive la desborda. Dice que ese movimiento busca la justicia social, la independencia económica, y la soberanía política de la Argentina. Es antiimperialista y antioligárquico, y sus veinticinco años sin vanguardia lo convirtieron también en antiburocrático, por la traición de sus burócratas sindicales. «Sólo llegamos a la lucha armada cuando se agotaron todas las demás tendencias —dice Firmennich—. Se agotó el voto, se agotó la creación de frentes electorales con candidatos no peronistas, se agotó el voto en blanco, el golpe de estado populista y tres tentativas de guerrillas rurales prematuras. Se agotó, inclusive, hasta el regreso pacífico de Perón. Es decir: el proceso no empezó con los Montoneros, culminó con ellos. Pero la forma de entrar en la lucha armada era en sí misma una política de masas».

Una lucha que humaniza

De toda la conversación, me parece que el tema que más lo apasiona es el de las modalidades tan originales de la guerra en la ciudad. Considera que la falta de zonas liberadas facilita la conducción política de las masas.

Mientras las Fuerzas Armadas viven en sus cuarteles, los Montoneros están en todas partes, navegando en las masas como peces en el agua. «Es un ejército que tiene todas sus fuerzas dentro del propio territorio enemigo —explica Firmennich—. Un ejército que se desarma todas las noches cuando sus militantes se van a dormir, pero que sigue vivo e intacto mientras duerme cada uno en su casa».

Tal vez no se da cuenta de que su análisis ha alcanzado un cierto tono lírico. Tratando de orientarlo por ese camino le pregunto si no cree que tantos años de una lucha tan dura han terminado por deshumanizarlo. Contesta: «Nadie se deshumaniza en una lucha humanística». Es una frase real, sin duda, pero antes que nada es una frase literaria. Sin embargo, Mario Firmennich, que terminó los estudios secundarios e hizo parte de la carrera de ingeniero, no es aficionado a la literatura. Nunca ha leído una novela. «Ni siquiera las tuyas», me aclara, con una gran gentileza. Sólo lee libros políticos, y casi nunca completos. Guiándose por el índice va directo al tema que le interesa.

Pienso, por supuesto, que este raro modo de leer se debe a la vida azarosa. Pero él no está de acuerdo. «Una cosa es vivir escondido y otra es vivir en la clandestinidad», dice Firmennich, quien está en la clandestinidad, y esto quiere decir que toma precauciones para que sus enemigos no lo encuentren, pero sigue haciendo una vida de hogar, recibe visitas de amigos personales, asiste a ciertas fiestas muy privadas, y hasta dedica algunas horas a ver la televisión. El problema es salir a la calle: sólo puede hacerlo con medidas de seguridad extremas. Lo que más le duele de esto es que no puede ir al cine. En los últimos siete años sólo ha visto cuatro películas. Una de ellas en el avión en que salió hace poco por el aeropuerto de Buenos Aires, con la identidad cambiada pero sin ningún disfraz, mientras los servicios de seguridad de las Fuerzas Armadas lo buscaban por todo el país.

Es natural imaginarse que un hombre que no sale de su casa sino para cumplir acciones de guerra ha estado muchas veces al borde de la muerte. Pero él sólo ha tenido la impresión de estarlo una vez, y en una operación que vista a

la distancia no valía la pena. Fue en diciembre de 1970, cuando él y un compañero disfrazado de vendedor de café quisieron quitarle la subametralladora a un policía que estaba de guardia nada menos que en la quinta presidencial de Los Olivos. Lo consiguieron, pero el policía alcanzó a disparar e hirió a Firmennich en un dedo. «Fue un milagro —dice él—. El dedo impidió que la bala me diera en el corazón».

Los hijos son nuestra retaguardia

De pronto, como al descuido, Mario Firmennich me dice que uno de los placeres de su vida es jugar con sus hijos. No me sorprende. Algo nuevo y distinto que he visto en los Montoneros es que aun cuando andan por el mundo en misiones difíciles y hasta arriesgadas, llevan a cuestas a sus hijos. Los he visto en sus refugios improvisados cambiándoles los pañales, dándoles el biberón mientras se ocupan de algún asunto político importante. «Es natural —dice Firmennich, riéndose con muchas ganas—. Ya pasaron los tiempos en que se creía que a los revolucionarios les estaba prohibido tener hijos». Señala que si los vietnamitas hubieran pensado así hace treinta años, no hubieran tenido después quien ganara la guerra. «Los hijos son nuestra retaguardia», dice.

El tema, por supuesto, lo lleva otra vez a la situación en la Argentina, que tiene el índice de crecimiento vegetativo más bajo del continente. Es un país casi desierto que debe duplicar la población para consolidar la liberación y hacerle frente al futuro. «Nuestra familia tipo es hoy tres hijos —dice Firmennich—. Debe ser de cinco. Dos para cubrir la cuota demográfica, y el resto para doblar la población». Pero sus consideraciones no son sólo de orden técnico: sabe por experiencia que un militante con hijos milita en una forma distinta que un militante sin hijos. «Entre otras cosas —dice— porque es más cuidadoso de sí mismo». La pregunta, ritual en estos tiempos, sobre lo que espera de Jimmy Carter para América Latina, no parece interesarle mucho. Se limita a decir, y con razón, creo yo, que «la liberación no puede venirnos desde fuera». En cambio, se torna radiante cuando le pregunto si se atrevería a hacer un pronóstico preciso sobre el futuro de su país.

«Por supuesto —exclama—. Este año marcará el fin de la campaña ofensiva de la dictadura, y se desarrollarán las condiciones para la contraofensiva final. Al mismo tiempo, se desarrollará como única alternativa el movimiento

peronista y montonero que conducirá a la creación del Partido Montonero. A partir de allí se iniciará la construcción de un frente de liberación nacional con objetivos antidictatoriales, antioligárquicos y antiimperialistas».

Firmennich está convencido de que la burguesía nacional argentina, gravemente afectada en sus intereses propios por las empresas transnacionales y descapitalizada por las empresas del Estado, formará parte de un frente amplio. Piensa que lo hará junto con los partidos tradicionales, el Radical y el Intransigente. «Y junto con los comunistas», subraya Firmennich. Sorprendido, porque conozco la posición de los comunistas argentinos en relación con los Montoneros, y porque es del dominio público su actitud conciliadora frente a la dictadura militar, trato de concretar a Firmennich. «¿También con el Partido Comunista?», le pregunto. Y él asiente sin sorpresa: «También con el Partido Comunista». En realidad, parece convencido de que todos ellos aceptarán la transición hacia el socialismo con un programa válido para todos: expropiación de monopolios extranjeros y expropiación indemnizada de monopolios nacionales; respeto a la propiedad privada de la pequeña empresa y cooperativización de algunos sectores.

Tan seguro está de la viabilidad de estas alianzas, que atribuye el fracaso de las tentativas revolucionarias de los años sesenta en América Latina al error de no haber reconocido a las burguesías nacionales como un aliado decisivo para hacer la síntesis de lo militar y lo político. «La revolución argentina —concluye con un suspiro grande— será la revolución de América Latina».

Tal vez sea cierto, pero no quiero darle el gusto de que sea él quien termine con esa frase triunfal. De modo que le suelto una broma cordial: «Antes del Che Guevara, los argentinos no se sentían latinoamericanos. Ahora, en cambio, creen que son los únicos latinoamericanos».

Al oír la broma, Firmennich suelta una carcajada espléndida que desarticula por completo su enorme cautela de gato. Al concluir trato de establecer dónde fecharemos esta entrevista. Firmennich, ya completamente relajado en su asiento, me dice: «Lo mejor es siempre la verdad».

Pero esta vez la verdad era increíble. Nos habíamos encontrado, y reconocido por casualidad, a diez mil metros de altura y en mitad del océano Atlántico.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ (1927-2014), nacido en Colombia, fue una de las figuras más importantes e influyentes de la literatura universal. Ganador del Premio Nobel de Literatura en 1982, fue además cuentista, ensayista, crítico cinematográfico, autor de guiones y, sobre todo, un intelectual comprometido con los grandes problemas de nuestro tiempo, y en primer término con los que afectaban a su amada Colombia y a Hispanoamérica en general. Máxima figura del llamado «realismo mágico», en el que historia e imaginación tejen el tapiz de una literatura viva, que respira por todos sus poros, fue en definitiva el hacedor de uno de los mundos narrativos más densos de significado que ha dado la lengua española en el siglo XX. Entre sus novelas más importantes figuran *Cien años de soledad*, *El coronel no tiene quien le escriba*, *Relato de un naufrago*, *Crónica de una muerte anunciada*, *La mala hora*, *El general en su laberinto*, el libro de relatos *Doce cuentos peregrinos*, *El amor en los tiempos del cólera* y *Diatriba de amor contra un hombre sentado*. En el año 2002 publicó la primera parte de su autobiografía, *Vivir para contarla*; en 2004 volvió a la ficción con *Memoria de mis putas tristes*, y en 2012 sus relatos fueron recopilados en *Todos los cuentos*.